

LA TERTULIA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

UN DIA DE PESCA.

(CONCLUSION.)

Dispénsame, caro amigo, si te dejé con la boca abierta y los ojos estirados esperando la narracion del dia de pesca, y he tardado mas de lo que me creia: la causa de esta interrupcion fué que una señora, para mí desconocida, vino en mi busca con la inocente pretension de que diese en la *Tertulia* algunas puntadas respecto á los baños.—Há de saber usted, caballero, me dijo, que yo soy manchega, y he venido desde mi país á remojar mi humanidad: figúrese usted, caballero, cuál sería mi asombro despues de haber visto tanta agua por primera vez en mi vida, que al llegar á esta ciudad no me pudiera bañar por falta de local.—Señora, le respondí, por falta de local? pues si Cádiz se halla rodeado de agua.—Ahi está la cosa, me contestó: ha de saber usted que me envasé en un carruaje á las seis de la mañana, llegué á lo que llaman los cajones, tomé mi número y volví á mi casa á las dos de la tarde despues de haber estado siete horas en espera con escala en berlina, pasando un calor de prueba y una sufocacion terrible. Tres dias consecutivos me sucedió lo propio, y como útil determinacion tomé la de bañarme en el baño real. Pues amigo de mi alma, de mi corazon y de mis entrañas, llegué á una rinconadita que hace la muralla, y llevada por un grueso cordón de bañistas, toqué el primer escalón de una sola escalera que guia á la playa; ya ve usted que tengo tomo, pues bajé como una pluma en el remolino de señoras que formaba un torrente femenino, el mas ruidoso, apremiante y precipitado que tuvo mujer en los fastos de los baños:

al salir de los apretones tuve la ventaja de encontrarme ya casi desnuda, pues la enagua me salió por la cabeza y el monillo por los pies, quedando mi pobre esclavina para pasto de codazos, de araños y de empujones. Querrá usted creer que mi velo se rasgó, y que una mitad subió á la muralla y la otra fué rodando al agua hecho una torcida!—Señora, le repliqué, no comprendo el ascenso y descenso de la delicada víctima.—Pues es fácil, exclamó, porque un extremo fué envuelto en el brazo de una señora que bajaba, y el otro liado á la pantorrilla de otra que subía.—¿Cómo, le dije, en afluencia semejante suben y bajan las señoras bañistas por una misma escalera?—Sí señor, exclamó ella con aire de triunfo, y se queda la dichosa escalera horas y horas hecha un relleno de carne, esto es, una morcilla humana, pues las bañistas que suben no quieren bajar, y las que bajan no quieren retroceder, y se aprietan las dos opuestas falanges que echan luces. Esto es lo que queria yo que usted hiciese público, en beneficio de la humanidad mojada y seca; porque es una atrocidad que no haya mas cajones por falta de local, y que los pocos que haya se los lleven allá á Rusia por causa de los alijos de ladrillos, carbon y otros efectos que embaluman el muelle: señor, ¿qué es primero, el comercio ó la salud?—No es dudosa la eleccion; y á los que prefirieran lo primero se les diría que cometian un error económico, porque punto de comercio es el llamar gentes á baños en esta ciudad por la utilidad que produce.—Pues no señor, nada; aquí hemos de estar porque cada uno se las componga como pueda: así, otro año compro un bergantin, lo desfondo, lo arrimo al muelle, y cate usted un cajon improvisado, y guay del que se acerque á pedirme cuentas, que lo recibiré á cañonazos. Respecto al baño real, yo creo que ya

que no quieren poner otra escalera para comodidad general, debe llevar cada cual la suya, ya de cuerdas ó ya de manos; y aunque parezca que vamos á esperar los reyes ó á tomar una ciudad por asalto, siempre será preferible este ridículo al de ver ochocientas personas chillando y gimiendo empaquetadas entre dos pasamanos. Con que le suplico me sirva en esta ocasion poniendo alguna cosita sobre el asunto en el periódico que ayuda á redactar.

Yo le hice mil cortesías, y despues de darle la mano para bajar las escaleras, y ya en la puerta de la calle le dije:—Señora, siento no poder servir á usted cual desea; no puedo poner nada en la *Tertulia* de lo que usted me ha dicho, porque me cuesta sumo trabajo denunciar públicamente acontecimientos de tal especie, faltas que en Chipiona serian de disculpar, pero que en la culta Cádiz son de gran valer. Qué quiere usted, es una desgracia tener que comparar nuestras empresas con las planas de los chiquillos, que los primeros palotes los sacan derechos, y antes de concluir el renglon los hacen como alcayatas. Sabemos empezar, pero no concluir; hacer seis cajones, pero no quince. Sabemos cuál es el sitio de los baños, pero se lo cedemos á los ladrillos: comprendemos que por una escalera angosta no pueden subir y bajar á un tiempo 900 personas, pero no hacemos otra; mas todavía está la humanidad en pañales, estamos en el siglo XIX: cuando amanezca el siglo ochenta, quizás se habrán atrevido ya á hacer nuestras crias una escalera para bajar á los baños, y otra para subir de ellos.

La señora dió una carcajada, me apretó la mano, saltó de un brinquito una laguna de agua que habia hecho un aguador, y salió diciendo:—Si para allá me la guardas, échame escaleras.

Con que ya sabes la causa de haberte hecho esperar tanto tiempo; pero en cambio seguiré mi narracion, y es de esta manera.—Quedamos si mal no recuerdo, comiendo velas de sebo á la vista de Santander. Ya te acordarás dije nos recogió un buque ruso: no hay cosa mas divertida que viajar con rusos; pasadas las primeras impresiones de nuestro lance, era de ver como la señora se empeñaba en conversar con Milstrombel, que así se llamaba el capitán del buque que nos salvó, era el diálogo mas salado que te puedes figurar.—Didon, le decia doña Anastasia al capitán, tú querrer echarme á tierra?

y Milstrombel esclamaba con risa forzada:—Misis, non tendo ericam de tú.—Y por este estilo échele usted guindas á la tarasca, pero, amigo mio, yo debia ser la victima, y por consiguiente me veia obligado á hacer de intérprete.—Amigo, me decia la individua, digale usted que me eche á tierra.—Señora, si yo no entiendo el ruso, y va á concluir nuestra conversacion con echarme al agua.—Pero ella firme, se acercaba á la oreja del bueno del capitán, y á gritos desaforados le decia señalando para mí:—Este didon te lo dirá.—Hubo lo de querer mandar dicha señora la maniobra, y lo de querer poner el buque derecho, descompuso la caja de bitácora, y entre el niño y ella rompieron el octante. Por fin, á las doce del tercer dia de viaje fuimos trasegados del bergantín á un lanchon, é hicimos nuestra entrada triunfal en Santander cortejados por una falanje de curiosos que nos condujo á una casa posada: yo por mi parte sé decir que á los dos dias venia camino de Andalucia renegando de la pesca, de la señora, de las exigencias sociales, y de mi bondad á prueba de pesca. Respecto á la familia, se volvió á los tres meses; y sabiendo me hallaba en esta, me dirigió D.^a Anastasia una carta que á la letra copio.—«Caballero, en esta ocasion me he convencido que no lo es: se marchó usted de Santander sin despedirse, y dejándonos en el mayor desconsuelo: la sociedad lo repulsa de su seno por acontecimiento tal: aprenda usted cortesía; y sintiendo haberle dado en un dia pruebas de la mayor deferencia, queda renunciando de usted.—Anastasia Biombo de Tirowlargos.»—Ahí te la tienes, si te condenas, que te condenes: comenta ahora, amigo mio, sobre las exigencias del bello sexo, y luego que ajustes el debe y el haber dime de parte de quién está el déficit: no hay que reirse, esto me ha pasado á mí, y si nó me ha pasado podria pasarme: con que á Dios, que es tarde, y tengo que escribir para la *Tertulia* la continuacion del Niño mirado.

J. S. P.

A CERVANTES.

Salve, genio inmortal, gala de España;
Quisiera poseer del grande Homero
El arpa celestial y su armonía,
Para cantar tu gloria
Que tanto enalteció á la patria mía;
Pero si no me es dado
Del genio remontarme al vuelo osado,
Si el estro hermoso del sublime vate
A conseguir no alcanza mi deseo,
Hará armonioso el eco de mi lira
El entusiasmo que tu nombre inspira.

Si, Cervantes, tu nombre sin segundo
Que la fama extendió por todo el mundo,
Grabando en letras de oro
De tu saber riquísimo tesoro,
De á mis versos espléndida armonía.
Ah! quién pudiera
Imitando los rasgos de tu pluma,
Surcar del genio la brillante esfera,
Y disfrutar en parte de esa gloria
Que trasmite á los siglos tu memoria!....

Corre á la voz del helicoas Marte
A la campaña el militar valiente,
Y con marcial denuedo
Girar laureles á su heroica frente.
Y alcanza la victoria;
Y el valor de sus hechos acrecienta;
Mas la imparcial historia
Le consagra una página sangrienta.
No así los lauros que Minerva ofrece
En los altares de su hermoso templo,
Cuando al sabio prodiga en sus favores
Guirnalda eterna de fragantes flores.

Tú, Cervantes, ceniste esa corona
Con que la Diosa engalanó tu frente,
Porque la senda del saber hollaste
Y al mundo con tus obras admiraste.
En vano, en vano fuera
Que la envidia mordaz se propusiera,
Unida á la ignorancia,
Disipar de tus flores la fragancia;
Pues como el sol despues de la tormenta
Su luz esplendorosa mas aumenta,
Así cuando la envidia mas acrece
Pasa fugaz y al mérito esclarece.

Por eso aun mas luciera
El saber que á tus obras distinguiera,
Rindiendo á tus sublimes creaciones
Homenaje espontáneo las naciones.
Muéstranos la Inglaterra
A Milton con su bello *Paraiso*;

Portugal á Camoens con su *Lusiada*;
Y la Francia recuerda alborozada
A Fenelon y á ilustres escritores
Que obtuvieron justísimos loores;
Mas una voz que unánime acompaña
El general aplauso nos repite,
Que al autor del *Quijote*
Solo ha podido producirlo España.

«No tiene igual el inclito Cervantes;»
Así el eco sonoro de la fama
Resonando en países muy distantes,
La excelcitud de tu talento aclama.
Y ¡oh qué placer! La España fué tu cuna,
La patria del divino Garcilaso,
De Argensola, Gil Polo y otros vates
Que tanto enriquecieron el Parnaso.
Con dulcísimos cantos consiguieron
En justicia adquirir alto renombre;
Mas si sus obras mucho se aplaudieron
Aun mas alto se halló tu ilustre nombre.

Tú cantaste con célica armonía;
Y estasiadas de júbilo inefable,
Escucharon las ninfas del Olimpo
Los ecos de tu lira deleitable.
Y apareció tu linda *Galatea*
Brindando casto amor á los pastores;
Y á la vez tributastes á Talía
En dulce poesía
De tu ingenio fecundo bellas flores.
En todas tus comedias
Y en todas tus novelas resaltaba
El estro celestial que te inspiraba.
Y del saber al fin la pura lumbre
En tu *INGENIOSO HIDALGO*
Te elevó de la gloria á la alta cumbre.

Salve, escritor ilustre! Desde el cielo
Cabe el trono cercado de querubas
En que Jehová domina todo el mundo,
Dirige una mirada
De amor hacia tu patria desdichada;
Verás que aunque abatida se engrandeece
Con el recuerdo que tu nombre ofrece;
Y si estienes la vista á Europa entera
Verás cual tu memoria se venera.
Goza, genio inmortal, desde la altura,
Ante la escelsa Majestad divina,
De tan grato placer, de tal ventura;
Que si el tiempo arruina
Grandiosos monumentos que existieron,
Si agitando políticas pasiones
Hace mudar de faz á las naciones,
Si con su mano helada
Riquezas y poder convierte en nada,
Si hasta la vida de nosotros huye,
La gloria del saber no se destruye.

J. P.

SENTENCIAS DE UN ALCALDE DE CONIL.

CAPITULO III.

Que trata del modo de templar las guitarras, y otros lances y sentencias de nuestro buen alcalde.

Quedéme despues de celebrado el juicio de conciliacion á pagar la multa impuesta á la mujer por quien iba yo de hombre bueno, y así que la satisfice, supliqué al alcalde me permitiera acompañarlo hasta saber en lo que paraba el asunto de las guitarras. Así me lo concedió; y á eso de las once de la noche salimos de la casa capitular el alcalde, el alguacil, cuatro vecinos con escopetas formando una especie de guardia pretoriana, y un servidor de ustedes y de las ánimas benditas.

Habló nuestro héroe en secreto al alguacil, y al poco tiempo encontramos una ronda de zagalones, que al pié de una ventana daban música con una guitarra á cierta zagalona, novia del que se las pelaba cantando á la sazón una copla de fandango.—¡Alto á la justicia! dijo el alcalde llegando al grupo; y en seguida añadió encarándose con Perico: templa esa guitarra!—El alguacil cogió el instrumento por el mango, y revoleándolo por alto dió con él contra un poste con tanta furia, que saltó roto en mil astillas, sin que hubiese nada que aprovechar. Los mozos se quedaron estupefactos y con tanta bocaza abierta, y el alcalde les dijo:—Ea, muchachos, cada uno á su casa, que *quien quita la ocasion quita el peligro.*

Con esto se acabó la ronda, y nosotros volvimos al ayuntamiento, y yo torné á mi casa, en donde encontré carta de un amigo para que inmediatamente dejase á Conil y me presentara en Cádiz á asuntos particulares de sumo interés. Á la madrugada, pues, abandoné el pueblo, no sin haber hecho á mi huésped especial encargo de que me escribiese cuanto hiciera de notable el alcalde mientras estuviese yo fuera de Conil. En efecto, cumplió con toda exactitud mi encargo, y de lo relacionado en sus cartas, resulta una curiosa historia que voy á ofrecer á mis queridísimos lectores.

El destemple de las guitarras no produjo el resultado que sin duda se prometió nuestro alcalde. El amor, por flojo que fuere, puede mu-

cho mas que la autoridad mas rigurosa. Los zagalones continuaron dando sus serenatas, solo que tenian la precaucion de apostar á algunos de ellos en las esquinas por donde presumian que debia pasar el alcalde. Al columbrarlo silbaban ó tosián, y los de la música escapaban huyendo: siendo imposible el atraparlos por mas diligencias que hizo la autoridad. La calle en que mas paraban con la serenata era larga y de cuesta muy pendiente, teniendo al final varias ventanas con grandes rejas salientes al ras del suelo. Nuestro héroe dió en entrar unas cuantas noches por el mismo sitio, y los zagalones tomaban siempre la cuesta abajo, alborotando asombrosamente con sus fuertes pisadas y destempladas risas. Una noche, poco antes de hacer la misma operacion, envió á Perico para que amarrase dos cuerdas en las rejas del final de la calle, á la altura de las espinillas: y así que calculó que habria el alguacil acabado la operacion, entró como era costumbre por la misma bocacalle, únicamente que esta vez hizo mas ruido, y aun disparó una pistola. Los zagalones corrieron despavoridos, pero en lo mejor de su carrera tropezaron con las cuerdas, y cayendo sobre las desnudas piedras de la calle, unos se rompieron la cara, y otros quedaron perniquebrados. En esto se acercó el alcalde, y ordenando que los peor parados fueran conducidos á sus casas, y los que podian sostenerse en pié caminasen para la cárcel, les dijo á todos:—*La justicia con paso de bucy corre mas que el que huye á todo correr.*

Con esto se acabaron las serenatas. Pero el alcalde no queria solamente su conclusion, sino que el mal quedara curado de raiz. Para ver hasta donde habia llegado su remedio, en cuanto daban las doce de la noche salia de su casa con Perico, llevando una guitarra. Habia sido en sus mocedades gran tocador, y en aquel tiempo tañia con desenfado y buen estilo; de modo que era un gusto el oirle, y mas á las altas horas de la noche, en que parece se aumenta la armonía de los instrumentos músicos, principalmente la vihuela, y la voz humana adquiere mas dulzura y causa mayor deleite. Poníase en una esquina y ocultábase Perico; y allí el alcalde punteaba el fandango, á la manera de la perdiz de reclamo que arrulla en el campo, llamando á las otras aves para que mueran á manos del escondido cazador. La primera noche salieron uno tras otros los zagalones aficionados á música, y conforme llegaban á donde so-

naba la guitarra, los iba prendiendo Perico, y encerrándolos en un zaguán. Desde allí fueron á la cárcel, y para salir tuvo el padre de cada uno que pagar cuatro ducados de multa, diciendo el alcalde mientras recogía la mosca:—*Debe seguirse una curacion hasta no temerse la repetición.* Lo cierto es que en aquel año disminuyó considerablemente en el juzgado la estadística de los muertos y de los heridos.

Cierta vez vió sobre la puerta de una nueva tienda de bebidas una muestra escrita en tres idiomas. Era obra de un comisionado de apremio que la echaba de poligloto, y decia así: en castellano, *Tienda de vinos y licores*; en francés, *Tendé du viné y licoré*; y en inglés, *Téndique of vinique & licédriqui*. Gracias que no pretendió llevar su conocimiento de idiomas al italiano, pues hubiera puesto *Tendini de vinini y licorini*, ó al polaco escribiendo *Tendasqui de vinosqui y licoriqui*; y así á cuantas lenguas le hubieran caído en voluntad. Nuestro alcalde no entendió semejante algarabía. Solo comprendió que la muestra estaba escrita en tres idiomas, y dispuso que su dueño pagase tres contribuciones.—Señor! ¿por qué tal recargo? le preguntó este.—Y le respondió el alcalde: porque *debe pagar tres contribuciones quien tiene tienda para tres naciones.*

Prohibió rigorosísimamente el uso de navaja. Nadie se atrevía á salir con ella á la calle; de modo que despues de imponer las primeras multas, no tropezaba con ninguno á quien encontrase arma alguna. Pero un dia oyendo misa, vió que al sacar un hombre su pañuelo saltó al suelo una navaja, que por olvido sin duda traía en el bolsillo de la chaqueta. Al punto llegóse á él y le dijo.—*Fulano, cuatro ducados de multa.*—Señor, ¡hasta en la iglesia!—Sí, hijo mio, replicó el alcalde, por aquello de *á Dios rogando y con el mazo dando.*

F. S. DEL A.

EPIGRAMA.

«Buen cabello tiene Juana,
muy lustroso y perfumado.»
—Pero estaba mas peinado
cuando le sirvió á su hermana.

J. S. P.

Correspondencia de la TERTULIA.

Carta á un buen señor que se llama G. de Cuevas, y á mas á mas (para servir á ustedes) reside en la Habana.

Mi sapientísimo amigo: he leído lo que ha publicado usted en la *Prensa* de la Habana con el fin de mostrar al mundo que el *Buscapié* no es obra del inmortal autor de don *Quijote*. Usted sin duda, al ver los artículos que en España se han escrito en loor de este opúsculo, dijo para sus adentros:

De la igual opinion que han emitido
Sobre aqueste folleto maldecido
Ilustres literatos españoles,
¡Vive Dios! se me dan dos caracoles.
Tomo la pluma, pues, con rabia insana,
Y comienzo á negar, segun mi gana,
Frases, palabras y hechos que la historia
De los hombres legó á la infiel memoria.
Y así daré con honra de Cervantes
Á eruditos el nombre de ignorantes,
Mostrando mi saber por varios modos
Que sé negar lo que creyeron todos.

Ha de saber usted, amigo mio, que yo estoy muy conforme con cuanto ha escrito, y por eso el otro dia me llené de indignacion, cuando oí esclamar á varios barbilindos y aun barbicanos: *¿De qué cueva ha salido el señor Cuevas hablando tanto desatino y descubriendo tanta ignorancia?* Pero dejando esto aparte, pues los insultos no son razones, que le levanten á usted aquel argumento de que ¿por dónde conoció Cervantes ser bachiller el hombrecillo que lo saludaba en la puente toledana? que aunque le digan á usted que en la segunda parte del *Quijote*, tratándose en el capítulo 19 de las bodas de Camacho, el ingenioso hidalgo llama de buenas á primeros *Licenciado* á un estudiante, y luego efectivamente resulta tener este grado, yo les responderé que

Quandoque bonus dormitat Homerus:

y que si Cervantes se durmió en el *Quijote*, de ningún modo pudo dormirse en el *Buscapié*; pues ahí estaba el señor Cuevas para ajustarle la golilla.

Estos críticos tambien se han reído en gran manera de usted, cuando censura que el bachiller dió nombre de soldado á Cervantes, como si este hubiera ido de uniforme. Mire usted, señor Cuevas, cuán necios son sus contrarios. ¡Pues qué! ¿lo muy

moreno del rostro, el aire marcial, el vestido de color y una mano estropeada de un arcabuzazo, eran motivos suficientes para que el bachiller conociese que la persona con quien hablaba habia seguido la carrera de las armas? Esto se llama reirse sin causa justa. La critica de usted está en su punto.

Tambien murmuran de usted por haber dicho que es un disparate, en que no pudo incurrir Cervantes, el llamar *ciego de un ojo* a un rocín de mala estampa, siendo *tuerto de un ojo* frase de mayor propiedad y elegancia. En esto la razon asiste, como siempre, al lado de usted, señor de Cuevas. *Ciego* se nombra al privado de vista. El hombre puede estarlo de uno ó de entrambos ojos: no así el *tuerto*, que precisamente ha de serlo de uno solo. Por consiguiente, señor mio, como usted conoce, y aunque á todos parezca lo contrario, *tuerto de un ojo* es frase sumamente propia, y *ciego de un ojo* es un pleonismo de mas de marca.

Otras mil calumnias han levantado contra usted por haberse atrevido á calificar de imposible que Cervantes llamase á un encantador enemigo de la igualdad, dando á entender que no habia entonces en España este *espíritu democrático*. Es cierto que Calderon estampó en uno de sus autos los siguientes versos:

Dormid, dormid, mortales,
que el grande y el pequeño
iguales son lo que les dura el sueño;

pero esto lo dijo porque le dió gana, cometiendo un anacronismo indigno de tal autor; pues tales frases, como sabe el señor de Cuevas, no se usaron en la moderna Europa hasta que aconteció la revolucion francesa.

Y donde me deja usted, señor de Cuevas, el abuso de llamar *República cristiana* al cristianismo? ¿Cómo pudo Cervantes estampar en el *Buscapié* una frase de este género? Aunque fray Luis de Granada, fray Luis de Leon y otros sabios autores la usasen en obras asi sagradas como profanas, ¿estaba autorizado Cervantes á usarla, siendo como es en la opinion de usted un desatino? El manco de Lepanto hubiera tenido mas respeto á la opinion del señor Cuevas, y cuando usted no queria que dijese una cosa, era obligacion suya el no decirla. Ergo el *Buscapié* es apócrifo. No es mal argumento este, amigo mio.

Tambien se burlaron de usted los hipercriticos mencionados, cuando leyeron en los articulos famosos publicados en la *Prensa* habanera, que Cervantes no pudo decir *Manchegos horizontes*. Pues aunque usó de esta frase en el *Quijote*, fué en singular é imitando el lenguaje caballeresco, y solo en este sentido pudo pasar tal expresion, porque lo demás seria abusar del lenguaje y de la paciencia de los lectores.

Tiene usted razon, amigo Cuevas; usar de la voz

horizonte en plural es un absurdo barbaro: figurese usted que Lope de Vega comienza así uno de sus sonetos:

Soberbias torres, altos edificios
Que ya cubristeis siete escelsos montes,
Y agora en descubiertos horizontes,
Apenas de haber sido dais indicios.

El mismo poeta, elogiando los *cigarrales de Toledo*, del maestro Tirso de Molina, decia:

Con menos difícil paso
y remotos horizontes,
hay tiene el Tajo en sus montes
las deidades del Parnaso.

Calderon empieza así su comedia del *Jardín de Falerina*:

Oh tú, de aquestos montes
Que el mar en desiguales horizontes
Une y desune etc

El mismo ingenio en la jornada 2.^a de *Amar después de la muerte* pone estos versos:

Porque aunque estos horizontes
cubran de marciales señas,
serán su pira estas peñas,
serán su tumba estos montes.

Dirán los criticos, enemigos de usted, que Lope y Calderon sabian mas que el señor Cuevas; pero á usted le queda el arbitrio de decir que todas estas obras son apócrifas; que diciendolo bajo su palabra y negando que muchas de sus voces se usaban en aquel tiempo, ya el triunfo es seguro.

Con esto, amigo mio, quedo á sus órdenes, como tan amante y admirador de sus escritos, mayormente siendo los dos iguales en saber, pues uno y otro podemos decir con aquella copla

Yo mas letras no aprendí
que la ignorancia: si fue
la mejor ciencia, no sé;
pero presumo que sí.

EL CABALLERO DE LA TENAZA.

EPIGRAMA.

—«Aquel que roba á un ladrón
tiene de Dios el perdón.»—

Y por eso un ladronzuelo
á un mesonero robaba,
y al mismo tiempo exclamaba:

—«Si me muero, voy al cielo.»

J. S. P.

LAS PIEZAS ANDALUZAS.

Un folletinista del *Heraldo* se ha dado por entendido de lo que dijimos acerca de las piezas andaluzas en nuestro número 2.º; pero ¡qué modo de darse por entendido! ¡qué modo de responder! Y no decimos esto porque nos parezca duro ni blando, culto ni inculto, elegante ni incivil su lenguaje, sino porque nos responde en tonto, con un poco de malicia, y su mucho de falso testimonio.

Hablando de que en este invierno no faltará en Madrid la plaga (como él dice) de piezas andaluzas se propone copiar un parrafito de nuestro artículo, presentándolo como la única cosa que hemos dicho en defensa de semejante género de composiciones. Lo copia en efecto; pero para que se vea la verdad y exactitud del traslado, pondremos á continuación lo que nosotros dijimos, y lo que el folletinista dice que hemos dicho: no porque en su esencia afecte el sentido, sino porque al cabo poniendo nuestros párrafos como copiados al pie de la letra, bueno es que el público se convenza de los falsos testimonios que solo por el simple gusto de levantarlos, nos ha alzado el folletinista del *Heraldo*.

Dice que dijimos.

Un tal Pedroso, que escribe en la *España* artículos apodados de críticos, ha levantado una especie de cruzada para acabar con las piezas andaluzas.

Al llamamiento han respondido un folletinista del *Heraldo* y otro del *Popular*. Vamos á analizar lo que es un crítico de Madrid, aunque no meteremos en un saco á Hartzenbusch con un Na-

Dijimos nosotros.

Un tal Pedroso, que escribe en la *España* artículos apodados de críticos, ha levantado una especie de cruzada para acabar con las piezas andaluzas, haciendo al efecto en el mencionado periódico un llamamiento general, á fin de que en derredor de ese nuevo *Pedro el Ermitaño* se agrupen los que deseen ver desaparecer de la escena española semejante gé-

varrete de vervi gracia. Al menos en su generalidad, los críticos que, para afrenta de España, campean por su respeto en la coronada villa no son mas que pintores de *zócalos*, no ya de los que con almazarrón y brocha gorda garabatean un mal cuadro, sino de los que, con una escoba sucia y un gran cubo de humo de pez, tiznan de negro la parte mas baja de los periódicos en que tienen el atrevimiento de escribir.

nero de composiciones.

Al llamamiento de guerra han respondido un folletinista del *Heraldo* y otro del *Popular*, y todos tres se disponen á no dejar comedia andaluza á vida ni andaluz con hueso sano.

Pero analicemos lo que es un crítico de Madrid. Si no en su totalidad, pues fuera injusticia notoria

el medir por un rasero al hidalgo y al pechero,

y meter en un saco á un Hartzenbusch (por ejemplo) con un Navarrete (de verbigracia); al menos en su generalidad, los críticos que para afrenta de la literatura de España, campean por su respeto en la coronada villa, no son mas que pintores de *zócalos* etc.

¿Con qué derecho el folletinista á quien respondemos altera, borra y suplanta nuestros párrafos y nuestras palabras? ¿Y lo que nos copia es cuanto hemos dicho acerca de las piezas andaluzas? No: en las líneas anteriores nos referíamos á la mayoría de los críticos de Madrid, á ese enjambre de doctores, que sin títulos para ello, han invadido los folletines de los periódicos, obligando á alejarse á porción de hombres de ciencia y de talento, que en otro tiempo tomaban la iniciativa en las cuestiones literarias.

Pero así como el señor folletinista copia lo de los críticos de *zócalos*, ¿por qué no traslada lo que hemos dicho acerca de las piezas andaluzas, y de la guerra que se les ha declarado? Dijimos que la cruzada de ahora debiera haberse levantado en un tiempo contra las traducciones de comedias francesas: dijimos que la guerra no debía hacerse con artículos, sino con composiciones originales que llenasen el hueco que dejarían las piezas andaluzas: dijimos que bueno ó malo, es eminentemente español el género andaluz, y no de nuestros días, sino que data desde el nacimiento de nuestra escena; dijimos que estaría bien la guerra contra la pieza andaluza que no se considerase buena; pero que no era justo que por eso se condenase el género en su totalidad; y por último, recordando el modo que Moratin tuvo de vencer á los Comellas y Valladares, decíamos:—«Imiten este ejemplo los Pedrosos y los Navarretes: produzcan y no traten de ahogar la producción: inventen y no se rebelen contra el genio creador.»

Presentábamos estos argumentos en defensa de las piezas andaluzas: de las cuales no dice otra cosa en contra el folletinista del *Heraldo*, insistiendo

en la cruzada, sino que son una *plaga*, como si semejante calificación fuera válida por la sola autoridad de críticos acostumbrados a escribir *ex cathedra*, y no como le gusta a la gente de razón. Las traducciones si que eran y aun son una *plaga*, contra las cuales no han clamado jamás los señores Pedrosos y Navarretes, ahora tan furibundos enemigos de las piezas andaluzas. ¿Pero como habian de clamar si ellos eran los traductores, y los que infestaban el teatro español con esa verdadera *plaga* de comedias atroces y repugnantes?

Por último, no eche el señor folletinista la cuestión a ruido, asombrándose de nuestro lenguaje; pues además de haber partido la agresión, y agresión injusta, destemplada y descortés, de los señores Pedrosos y Navarretes, no usa de un lenguaje muy dulce en el mismo artículo en que se ocupa de lo que hemos hablado en la *Tertulia*.

F. S. DEL A.

TEATRO PRINCIPAL.

CECILIA LA CIEGUECITA (original). Fué medianamente representada, recibiendo la señora Baus algunos aplausos.

EL POETA Y LA BENEFICADA (original). En la representación de esta comedia fué aplaudida la señora Duclós.

EL CASTILLO DE SAN ALBERTO (traducción). Hay ocasiones en que no se puede decir terminantemente cuál es el gusto del público que asiste al teatro Principal. A veces parece que está rebelado contra todos los dramas, y que no gusta de otra cosa que de comedias de costumbres y medio sentimentales; y á veces le vemos aplaudir dramas malísimos y muy de brocha gorda. ¿Consistirá esto en la bondad del desempeño? Puede que sí; y lo que es en esta ocasión así debemos creerlo con respecto á la señora Baus (doña Joaquina). Semejante drama es, á lo menos en Cádiz, su caballo de batalla. Recibió unánimes aplausos durante su representación, y fué llamada á la escena al terminar el tercer acto, y al final del drama. Sin embargo, nos pareció que hubo justicia en la primera llamada y galanteria en la segunda. Hasta el tercer acto fué en aumento el buen desempeño; pero en el cuarto y quinto se entibió mucho la mencionada actriz, no conmoviendo como antes, á pesar de haber en ellos escenas tan fuertes como en los actos anteriores. La señorita Duclós fué tambien muy aplaudida, y con justicia á nuestro entender. Los señores Tamayo, Calvo, Cejudo y Pastrana no hicieron mas que salir del paso.

UN ENEMIGO OCULTO (original). Fué medianamente recibida del público. La señorita Duclós y el señor Lugar lograron algunos aplausos.

EL SOPRANO (traducción). Perteneció á las comedias en que en vez de caracteres hay caricaturas. La señorita Revilla, esa actriz que en su género tiene en la actualidad pocas rivales, desempeñó su papel con notable acierto. Los señores Valero y Calvo nada dejaron que desear. Creemos que no estuvo bien repartido al señor Cejudo el papel del sobrino del cardenal.

LA NIÑA BOBA (original). Las dos hermanas Baus obtuvieron aplausos, principalmente doña Joaquina.

¡YA MURIÓ NAPOLEÓN! (original). Aunque en nuestra crónica no hablamos de los fines de fiesta, no podemos escusarnos de decir algo de esta pieza, pues su desempeño fué de lo mas perfecto que hemos visto en la compañía del teatro Principal. La señora Revilla y los señores Calvo y Fernandez estuvieron inimitables, arrancando del público muchas pruebas de satisfacción.

Dejamos para otro número la crónica de las funciones posteriores, pues que se haria demasiado extensa esta reseña. No terminaremos sin advertir que en lo que decimos de las representaciones, nos atenemos solamente á ser meros cronistas del modo con que la mayoría del público las recibe. Sin embargo, si hubiere quien se juzgue ofendido, y quiera manifestárnoslo, no tendremos dificultad en esplanar y fundar nuestras aseveraciones.

PLAZA DE MINA.

La otra noche sucedió en la plaza de Mina un lance notable. Pasaba un moro con un tarro de esencia de rosa, y tropezando con un muchacho, dió de narices en el suelo, rompiéndose en mil pedazos el bote de cristal. Fuerte y agradable era el olor que trasminaba toda la plaza, y no hubo señorita que no mojase un pico de su pañuelo en el charco formado en lo mejor del paseo, ni mamá que no sacase el papel del pescado frito para empaparlo en la delicada esencia. Dicen que el moro desesperado con la averia fué á darse de testaradas con la chimenea del gas, pero afortunadamente tropezó en aquel sitio con los empresarios, quienes compadecidos de su desventura, le llenaron otro bote con el fluido que elaboran, que es un equivalente de la esencia de rosa, como pueden atestiguarlo los que pasearon por la mencionada plaza en la noche del anterior domingo.